EL TEATRO
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS

HISTORIA
DE UN CRÍMEN

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

escrito sobre el pensamiento del «Teresa Raquin» de Zola

por

HERMENEGILDO GINER DE LOS RIOS

estrenado en el Liceo Capellanes el 23 de Octubre de 1881

MADRID
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES
OFICINAS: POZAS, 2, 2.
1881

HISTORIA

DE UN CRÍMEN

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

escrito sobre el pensamiento del «Teresa Raquin» de Zola

por

HERMENEGILDO GINER DE LOS RIOS

estrenado en el Liceo Capellanes el 23 de Octubre de 1881

MADRID
IMPRENTA DE AURELIO J. ALARIA
Estrella, 15—Cueva, 12
1881

OBRAS DE D. H. GINER DE LOS RIOS

EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

El Colegio de Bolonia (en colab.), obra ilustrada, pts. 6'50.
Filosofía y Arte, con un prólogo de D. N. Salmeron, 3'50.
Elementos de Filosofía moral, arreglados de Tiberghien, para uso de la segunda enseñanza.—(Agotado.)
Biología y Ética (segunda edicion), arreglo de las obras de Tiberghien y Krause, para uso de la 2.ª enseñanza, 3.
Teoría del Arte é Historia de las Bellas Artes en la antigüedad, con un Programa de Arte y su historia, 1'50.
Programa de Filosofía moral.—(Agotado.)
Programa de Psicología, Lógica y Etica, 1.
Programa de Biología y Antropología, 1.
Proyecto de reglamento para el ingreso en el Profesorado libre, etc., 1.
La Enseñanza obligatoria, traduccion precedida de una biografía de su autor, Tiberghien (segunda edicion), 2'50.
Moral elemental para las escuelas, trad. de Tiberghien, 2'50.
Mendelsshon, traduccion precedida de una *Historia abreviada de la música*, 1.
París en América, por Laboulaye trad. (segunda edicion de Gaspar y Roig), 1'25.
Discordia entre la Iglesia y la Italia, del P. Curci, traduccion del italiano, 2'50.
Pio IX y su sucesor, por Bonghi, id. id. 3.
Leon XIII y la Italia, por el mismo, id. id. 3.
Poesías de Rios Rosas, publicadas por H. G.—(Agotado.)
Anuario de la Institucion libre de Enseñanza, por H. G., 2.
Fragmentos, retazos y traducciones, por H. G.—(Agotado.)
Milton, drama en un acto original y en verso, 1.
A tiempo, comedia en un acto y en verso (en colab.), 1.
Los parientes del difunto, sainete lírico y en verso, (id.), 1.
El último sacrificio, drama en un acto y en verso, (id.), 1.
Historia de un crímen, drama en tres actos y en prosa, 2.

EN PREPARACION

Lógica, para uso de la segunda enseñanza.
Obras de Rios Rosas, coleccionadas por H. G.

A los Sres. de Riaño

dedica este trabajo como pequeña prueba de la sincera amistad que les profesa su afectísimo

H. Giner.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EUGENIA (27 años)......	Srta. SEGURA (Doña Josefa.)
INÉS (criada, 18 años)....	Sra. JALVO (Doña Cármen.)
SR. PABLO (comerciante, suegro de Eugenia, 60 años)..................	Sr. ROCHER (D. Francisco.)
LUIS (30 años)...........	» CÓGGIOLA (D. Ramon.)
GARCÍA (comerciante y antiguo inspector de policía, 45 años)..........	» BALADA (D. Federico.)
LOPEZ (comerciante, 50 años)..................	» PARDIÑAS (D. Jorge.)

La accion en Madrid.—Epoca actual,
Derecha é izquierda la del espectador.

ACTO PRIMERO

La escena representa una trastienda.—Dos puertas al foro.—La de la izquierda se supone que comunica con la tienda.—Luz artificial dentro.—Entre las dos puertas un reloj antiguo de caja de madera.—La de la derecha tendrá unas cortinas blancas, dejando ver una cama.—Izquierda, primer término, otra puerta con un barrote atravesado, y que deberá abrir hácia la escena, cuya puerta se supone que dá directamente á la calle.—Segundo término, una ventana con reja que debe ser resistente.—Está cerrada durante este acto.— Entre la puerta y la ventana un retrato busto de hombre.—Derecha, primer término, una chimenea; un sillon ordinario al lado de la chimenea.—Segundo término, un armario grande.—Delante de la chimenea una mesa para jugar, con dos candeleros de una vela cada uno, con pantallas; un espejo pequeño sobre la chimenea; dos candelabros modestos; cuatro sillas, una á cada lado de la mesa.—Delante del retrato un velador, y encima un quinqué.—Dos sillas, una á cada lado del velador.—Un sillon ordinario hácia el centro de la escena, y cerca de una de las sillas del lado del velador.—Derecha é izquierda la del espectador.

ESCENA PRIMERA

El SR. PABLO, *en el sillon hácia el centro del escenario*, EUGENIA *cose á su lado.—La otra silla del velador está ocupada por* INÉS, *que tambien cose y mira con frecuencia á la puerta que dá á la tienda.*—LUIS, LOPEZ, *y* GARCÍA, *ocupan tres sillas de la mesa de jugar.*

LOPEZ. ¡Bah! Es preciso distraerse, buen viejo. Dame la baraja y juguemos un rato. (*Al Sr. Pablo.*)

GARCÍA. Dice bien ¡qué diantre! el amigo Lopez: anímate. (*Id.*)

LUIS. Se necesita tener resignacion (*Id.*).

PABLO. Jugad vosotros. Yo no puedo, no puedo. ¡Cuan-

do os veo á todos alrededor de esa mesa, me acuerdo de... y parece que el corazon quiere saltar en pedazos! ¡Pobre hijo mio, pobre Vicente; se sentaba ahí!

GARCÍA. ¡Voto vá! Ya empiezas.

PABLO. Perdóname, querido García. Pero... no puedo. ¡Recordais con cuánto gusto jugaba á las cartas! (*En este momento Luis, que barajaba distraido los naipes que ha recogido de encima de la chimenea deja caer algunos al suelo.*)

¡Precisamente lo mismo que á él le sucedia! Tambien á cada instante dejaba caer las cartas. Era tan torpe desde que padeció las tifoideas. ¡Se habia quedado tan débil! ¡Y cuánto se incomodaba cuando tardaba yo en sentarme!

LOPEZ. ¡Era tan vehemente!...

PABLO. Para todo. ¡Qué carácter: amaba ó aborrecia con igual intensidad; era un haz de nervios, tan impresionable! ¡Cómo adoraba á la pobre Eugenia! (*Eugenia se estremece.*) ¡Y á éste (*Señalando á Luis*), á su único amigo verdadero! (*Movimiento involuntario de Luis.*)

GARCÍA. Estaban trocados los papeles en esta casa. El te reñia como si fueses su hijo.

PABLO. ¡Tenía yo tanto miedo á contrariarlo! Lo primero que me recomendaba el médico á cada paso era que no lo violentase en nada... ¡Ah! ¡Qué noches aquellas!... Ahora, en cambio, ahí está su silla vacía. (*Conmovido secándose las lágrimas.*)

GARCÍA. ¡Voto al chápiro! Buen viejo, ¿dónde has echado aquel corazon? Acabarás por ponerte malo.

LOPEZ. Pues ya sabe lo que los médicos le han augurado: ¡la paralisis! Todos los que te visitaron en las distintas enfermedades que has sufrido

desde la muerte de tu hijo, te repitieron que un sufrimiento moral continuado terminaria en la paralisis, lo mismo que cualquiera sensacion fuerte y repentina. ¡Acuérdate, acuérdate!

GARCÍA. No, pues lo que es yo voy á dejar de venir los sábados por la noche, en vista de que, en lugar de distraerte nuestra presencia, te atormenta y hace sufrir.

PABLO. (*Procurando animarse.*) ¡Ea! Bien. No me riñais más. Ya estoy tranquilo.

GARCÍA. Y así debe ser, porque no fué ayer su desgracia... hace un año... y... ya es tiempo de que vayas conformándote con tu suerte.

PABLO. No he contado los dias, como no he contado los que llevo de viudez... Lloro porque las lágrimas se agolpan á mis ojos... Veo siempre, siempre á mi hijo luchando con las agonías de la muerte en el estanque del Retiro. ¡Qué muerte tan horrible!

LOPEZ. ¡Vaya, vaya! Todavía tienes por qué dar gracias á Dios, que te vive la nuera. No la aflijas más, ni aflijas á este valiente, que estará desesperado toda su vida por no haber podido salvarlo despues de hacer esfuerzos sobrehumanos para que no se ahogara Eugenia.

LUIS. (*Como quien sacude una pesadilla.*) ¡Basta ya! ¡Dejen Vds. esos recuerdos!

GARCÍA. ¿Y por qué no se ha de decir? ¿Por qué no alabar tu conducta hablando de la cuestion? ¿Qué no tendrias que hacer cuando caísteis á la vez los tres al agua y estábais enteramente solos... al amanecer; sin que un sólo marinero pudiese prestarte auxilio... Ni sé cómo á Eugenia...

LUIS. Nó; ella estaba tan cerca de mí... que... Como

yo remaba, y Eugenia estaba á mi lado, miéntras que Vicente iba al timon... me bastó cogerla por el pelo... y... á poco que nadé la dejé en el embarcadero... Aún siento en mi mano la impresion del cabello mojado, frio como el hielo de la muerte... Pero... pero él... ni los gritos de Eugenia pidiendo socorro, ni la rapidez con que me eché al agua... pues me desnudé en un segundo para poder nadar mejor... mas cuando volví... ya era tarde...

(*El Sr. Pablo solloza en silencio.—Inés se seca los ojos de cuando en cuando con la vista baja, habiendo dejado de coser. Eugenia tiene la cabeza sobre la costura y cose con una rapidez nerviosa durante el relato. Lopez oye inmóvil las palabras de Luis.*)

GARCÍA. Me tiemblan las carnes al recordar el relato de los periódicos aquella noche, y en verdad que tenian razon en pedir para tí la gran cruz de Beneficencia... (*El Sr. Pablo rompe á llorar.*)

LOPEZ. ¿Quieres callar?

GARCÍA. ¿Yo?... Pues tú empezaste.

LOPEZ. No es verdad; tú...

PABLO. Vamos, vamos, amigos mios, hablando de mis desventuras parece como que se alivia el pecho de su dolor, y me recuerda la deuda de gratitud hácia Luis... ¡Oh! (*Se levanta y vá á abrazarlo: Luis lo rechaza suavemente.*)

LUIS. No me lo agradezca V.; Vicente era para mí como un hermano. Desde que me encargó su retrato, desde que lo conocí, mejor dicho, al llegar de Valencia para establecerme aquí como pintor, encontré en su amistad y en el cariño de Vds. una verdadera familia... yo que me encontraba á la sazon solo en el mundo...

ARCÍA. Lo cierto es que estamos martirizando esa muchacha... (*Al Sr. Pablo.*) Siéntate y vamos á distraernos...

PABLO. ¡Tienes razon! Bueno... (*Enjugándose los ojos y dejándose sentar por García, que le ha cogido un brazo.*) Hombre (*A Luis después de registrarse los bolsillos*), ya que estás de pié, ¿quieres traerme los anteojos que están sobre la cómoda de mi cuarto?... ¡Del cuarto que fué suyo!... Lleva una luz..

LUIS. No es preciso; se vé bien con la de la tienda. (*Mutis por el foro.*)

ESCENA II

DICHOS *ménos* LUIS

LOPEZ. Tienes en ese chico un verdadero hijo.

PABLO. Es verdad. Desde la terrible desgracia, pasa aquí su vida: aquí almuerza, aquí come, y cambió la pintura, su arte, por ayudarme en los negocios de mi comercio de comestibles. Si no fuera por él, ¡qué habria sido de nosotros!

GARCÍA. ¡Tanto os quiere, que hemos acabado por tutearle como si fuera de la familia!

ESCENA III

DICHOS *y* LUIS, *que entra descompuesto.*

PABLO. ¿Qué te pasa? (*Levantándose.*)

GARCÍA. ¿Te sientes mal? ¿Qué pálido vienes? (*Idem.*)

LOPEZ. ¿Qué te ocurre? (*Idem.—Eugenia se estremece.*)

LUIS. (*Reponiéndose.*) No es nada... Un pequeño mareo... Ya pasó.

PABLO. ¡Vaya! (*Transicion.*) ¿Y los anteojos?

LUIS. Los anteojos...

INÉS. ¿Será posible que por haber ido V. sin luz haya tenido miedo?

LUIS. ¡Miedo! (*Con sonrisa forzada.*) Miedo..., ¿de qué? No los he encontrado. (*Mutis de Inés.*)

GARCÍA. Probablemente esos mareos son efecto de la mucha salud.. La sangre, la sangre, que se sube á la cabeza...

LUIS. Sí, justo; probablemente la sangre que me...

INÉS. (*Entrando.*) Aquí tiene V. los anteojos. (*Á Luis.*) Pues yo no he visto los duendes. (*Llaman en la tienda.*) No se incomode V., Sr. Pablo. Voy yo. (*Mutis.*)

PABLO. No quiero dejar sola á esa chiquilla, suelen engañarla. Jueguen Vds.

GARCÍA. Pues echemos un tute, compañero. (*Se ponen á jugar Lopez y García deteniéndose de cuando en cuando como si hablaran de algo interesantes.*)

ESCENA IV

DICHOS *ménos* INÉS *y el* SR. PABLO

EUGENIA. (*A Luis que ha ido á colocarse á su lado*). Has tenido miedo, ¿verdad?

LUIS. (*Encogiéndose de hombros.*) Ya pasó. (*Transicion.*) ¿Vengo esta noche?

EUGENIA. Nó. Prudencia, si hemos de llegar al fin.

LUIS. Vendré por esta puerta (*Señalando á la del primer término izquierda.*) como otras veces y...

EUGENIA. Contentémonos con vernos de dia aprovechando las ocasiones... Necesitamos una felicidad inmensa para el porvenir.

LUIS. Ten confianza; la encontraremos uno en brazos del otro como en aquellos dias...

EUGENIA. Y bien. Esperemos, el desenlace está próximo. Al fin nos casarán. Ten cuidado. Se acerca... (*Indicando al Sr. Pablo que entra.*)

PABLO. (*A Eugenia.*) Eugenia, vé tú, hija mia, Inés te necesita para que la ayudes en la tienda.

ESCENA V

DICHOS *ménos* EUGENIA

GARCÍA. (*Alzando la cabeza al sentir que se vá Eugenia.*) ¡Qué hermosa! Parece una azucena. Dá lástima verla tan jóven, tan triste, y... viuda. Acabará por enfermar... (*A Lopez.*) si no vuelve á casarse.

LOPEZ. (*A García.*) Verdaderamente que... (*Hablan en voz baja y señalan á Luis y al Sr. Pablo alternativamente.*)

PABLO. (*A Luis.*) Cada dia está peor. ¡Sus ojos enrojecen y casi siempre es presa de la fiebre!

LUIS. ¡Cierto!... apénas alguna que otra vez sonrie cuando habla conmigo de cosas agradables.

PABLO. Sí, he observado que se anima rarísimas ocasiones charlando contigo.

GARCÍA. ¡Qué diablo! (*Dejando las cartas.*) Es preciso buscar un remedio á ese estado de ánimo de Eugenia, que acabará por convertirse en una enfermedad probablemente grave... Y la gente á su edad... ¡qué diantre! no es inconsolable, buen viejo.

LOPEZ. Está, está mal.

PABLO. ¡Y se ha vuelto tan medrosa!..

LUIS. (*Balbuceando.*) ¡Medrosa!

PABLO. ¡Oh! Sí. Y padece tantas pesadillas... Una noche la oí dar tales gritos, que vine á su alco-

ba (*Señalando la puerta derecha del foro*), la desperté, y casi no me reconocia. Balbuceaba...

LUIS. ¿Pero qué decia?

PABLO. No pude comprenderla. Llamaba á Vicente... ¡Ah! ¡Quiere ir á unirse con mi hijo!

LOPEZ. Pues yo, francamente, quiero darte un consejo. Que nos dejen solos estos caballeros y charlaremos.

LUIS. (*Sobresaltado y vacilante.*) ¿Es... algun secreto que no podemos oir?

LOPEZ. Sí, eso, precisamente. ¡Un secreto! (*Tono jovial.*)

GARCÍA. Dejémoslos. Así como así ya es tarde, y debo retirarme. ¡Bah! Hasta el sábado próximo... Y os desafío á todos, y á todos los juegos. (*Tomando el brazo de Luis.*) A las damas, al dominó, al tute, á todo. Vamos, vamos, Luis. ¡Buen viejo! (*Alargándole la mano á Pablo.*) Adios, tú. (*Dándole una palmada á Lopez en la espalda.*) (*Aparte.*) A ver cómo... (*Vánse por el foro.*)

ESCENA VI

Dichos ménos LUIS *y* GARCÍA

PABLO. ¡Y bien! ¿Qué me aconsejas?

LOPEZ. Pues... aunque te parezca extraña la proposicion, mi opinion... es que deberias procurar que saliese Eugenia de su viudez.

PABLO. ¡Cómo! ¡Volverla á casar! ¿Estás loco? Me pareceria que perdia de nuevo á Vicente.

LOPEZ. Y sin embargo...

PABLO. ¡Oh! ¡Imposible! (*Transicion.*) Y además ¿no ves su dolor? Rechazaria indignada semejante proyecto. Si en vez de ser tú, cuya opinion estimo tanto porque conozco que tus juicios son siem-

pre hijos de la meditacion y del cariño que me profesas, hubiese sido García, que es un loco, quien tal proposicion me hiciera...

LOPEZ. Insisto á pesar de todo. Un marido es lo que necesita Eugenia.

PABLO. (*Después de una breve pausa.*) Y luégo, si hiciésemos una mala eleccion... No, déjame morir rodeado de mi duelo.

LOPEZ. Cierto que sería forzoso buscar un hombre de corazon, un buen marido para ella y un buen hijo para tí... Un... Luis... por ejemplo.

PABLO. ¡Luis!..

LOPEZ. ¿Por qué nó? ¡Qué hermosa pareja! Hace tiempo que le doy vueltas á esta idea... ¿Podrés hallar otro marido mejor para Eugenia?

PABLO. Verdad: parecen hermanos. Ambos desgraciados, ambos huérfanos; pero ella huérfana de esa orfandad terrible que se llama *¡Inclusa!*

LOPEZ. Parece que fué ayer cuando se empeñó en prohijarla tu mujer.

PABLO. ¡La pobre de mi Matilde, era tan caritativa!

LOPEZ. Y luégo como á Vicente que frisaba en los quince, le hizo gracia la chica que contaba sus trece... y Eugenia adivinó la impresion que habia causado en todos, no tuvo que hacer grandes esfuerzos para decidir á tu difunta y cambiar la casa de maternidad de Alcalá por ésta... ¡No me olvidaré nunca de aquel dia de campo en que fuimos á esparcirnos con motivo de las ferias á ese pueblo!.. Pues, sí, créeme Pablo, créeme, cásalos.

PABLO. Bien pensado, es una tentacion ¿Pero te olvidas de la antipatía que se profesaban Eugenia y Luis en vida de mi Vicente? Miéntras duró el

retrato que le hizo, no cesaron de pleitear con los más fútiles motivos.

LOPEZ. Sí, mas esa patíanta desaipareció después. ¿Qué habia ella de hacer en vista de la conducta de Luis exponiéndose á morir ahogado por salvar á...

PABLO. Temo que esta union sea luégo un castigo por olvidar á mi hijo...

LOPEZ. ¡Quién habla de olvidar! Pero...

PABLO. Déjame. Soy viejo, y si se quisieran realmente ellos algun dia... á mi muerte...

LOPEZ. ¡Eso es! Rechazas la felicidad que podria proporcionarte...

PABLO. ¡Felicidad!

LOPEZ. ¿Y la de ella? ¡Qué egoistas somos los viejos!.. Y la tuya misma, sí señor: ¿quién te dice que esta union no la bendecirá el cielo otorgándote un nietecillo... Vamos, ya sonries... Un paso más... ¡Resolucion!

PABLO. Y crees tú que ellos consentirán...

LOPEZ. Eso ya lo arreglaremos. Sí, háblale á ella; yo me encargo de él.

PABLO. (*Después de vacilar.*) Bueno, lo pensaré despacio, buscaré ocasion...

LOPEZ. ¡Despacio! ¡Ocasion! Yo no podré volver sabe Dios hasta cuándo. ¿Por qué no convertir las horas, de siglos de esperanzas, en minutos de realidades?

PABLO. (*Alarmado.*) Pero... Tan pronto...

LOPEZ. Ahora mismo. Miéntras se cierra la tienda, yo hablo con él allí, y te envio hácia acá á Eugenia.

PABLO. Dame tiempo... Estoy temblando...

LOPEZ. Mírala. (*Viendo aparecer á Eugenia por el foro.*) Silencio. ¡Animo! Cuenta con que voy... (*A Eugenia.*) Hasta ahora... (*Mutis por el foro.*)

ESCENA VII

SR. PABLO *y* EUGENIA

PABLO. (*Haciendo por aparecer tranquilo, y sobreponiéndose á su estado de preocupacion.*) ¿Qué tienes, hija mia? En toda la noche has despegado tus labios.

EUGENIA. Estoy tan cansada... de...

PABLO. Piensa que tu tristeza me acongoja y debias consolarte, aunque no fuera más que por mí.

EUGENIA. ¿Y es V. quien me aconseja que olvide?

PABLO. No digo eso; pero tengo el deber de velar por tu salud... (*Transicion.*) Quisiera poder hallarte un consuelo, y... Respóndeme con franqueza.

EUGENIA. La muerte sería mi único consuelo.

PABLO. ¡Morir! ¡A tu edad! ¡Con el corazon jóven! ¡Qué locura! Tú no has de llorar eternamente. Y por otra parte, es preciso ser ménos egoista con el dolor propio, y hasta sacrificarse por el bien ajeno, si la ocasion se presentara.

EUGENIA. ¡No entiendo á V.!

PABLO. Quiero decir que yo tambien sufro, y que si para mi ventura te exigiese... que... me obedecieras...

EUGENIA. Obedeceria.

PABLO. No, no dispongo nada... Te pregunto. Ya ves, vivir con un pobre viejo, enfermo... Además, un cuarto como este, tran grande para nosotros... Allí mi habitacion... ¡la que era suya!... Aquí tú sola... No sé... Pero... Escucha. ¿No te incomodarás? Se nos ha ocurrido á todos, á todos, á Lopez y á mí... una cosa.

EUGENIA. ¿Qué?

PABLO. Un pensamiento raro, un capricho.

EUGENIA. (*Inquieta.*) Acabe V.

PABLO. Y bien; hemos pensado que si tú, que eres jóven todavía, y hermosa, y solicitada...

EUGENIA. ¿Que quiere V. decir?

PABLO. Quisieras casarte...

EUGENIA. ¿Yo? ¡Nunca! Y se atreve V. á dudar de mis sentimientos... Yo no quiero á nadie. Bien ha visto V. mi conducta con los pretendientes del barrio.

PABLO. (*Conmovido.*) !Ah! ¡Ya lo sabia! Es él, Lopez, quien me ha obligado á que te hable... (*Transicion.*) Y tiene razon, en medio de todo. La cosa es demasiado fuerte... pero... qué sé yo... Piénsalo. Quizás hagas bien en aceptar. Él te quiere...

EUGENIA. (*Sobresaltada.*) ¿Quién? ¡Sabe V.!...

PABLO. Sí, Lopez; ¿por qué dudas? Siempre te ha querido mucho.

EUGENIA. ¡Volverme á casar! ¡Dios mio!

PABLO. Como es tan ejecutivo, se ha empeñado en hablarle esta misma noche... y allá ha ido, á la tienda...

EUGENIA. (*Comprendiendo que alude á Luis, y como escapándosele la exclamacion.*) ¡Ah!

PABLO. (*Sin advertir la alegría de Eugenia.*) Y el marido que te elige no me parece mal. Era casi el hermano de Vicente...

EUGENIA. ¡Luis!

PABLO. Eso es; tú lo has dicho.

EUGENIA. ¡Han pensado Vds. en él!... Pero...

PABLO. Es casi de la familia... y fué tu salvador!

EUGENIA. Le debo la vida; más la gratitud no basta... (*Pausa breve.*)

PABLO. Comprendo lo que meditas... Soy un egoista, cierto; pero tambien lo hago por verte feliz, ó al ménos, ménos desgraciada... (*Tono cariñoso de súplica.*) ¡Consiente!

EUGENIA. ¡Oh! no. ¿Y el mundo?

PABLO. ¡El mundo! ¡Hace ya más de un año!

EUGENIA. Le parece á V. el plazo...

PABLO. ¡Ah! Perdona, y perdóname tú tambien hijo mio, que ya cuento los dias del luto oficial que la sociedad señala para sentir.

EUGENIA. ¡Padre!

PABLO. (*Reponiéndose.*) No, no. Bien; tú te resignas. ¿Verdad?

EUGENIA. Mas...

PABLO. (*Interrumpiéndola.*) Sí, te lo pido con toda el alma. ¿Me negarás esta segura felicidad?

EUGENIA. Negar á Vd...

PABLO. ¡Accede!...

EUGENIA. Yo...

PABLO. Gracias, gracias. Eres muy buena. Luis nos querrá mucho, cuidará de todo, y... (*Aparte.*) ¡Pobre Vicente! (*Llorando.*)

EUGENIA. ¿Lo vé V.?

PABLO. Nada, nada. Has consentido...

EUGENIA. Yo no he dicho...

PABLO. Sí, sí, es lo mismo; no te opones. ¿Es verdad? Eugenia mia (*Tomándole una mano.*) me haces dichoso. (*Separándose de ella y cayendo en una silla y ocultando el rostro entre las manos.*) ¡Pobre muerto! ¡Yo he sido el primero que te ha hecho traicion!

ESCENA VIII

Dichos, LOPEZ *y* LUIS

LOPEZ. (*Al Sr. Pablo.*) Lo he convencido. Mi trabajillo me ha costado. Consiente sólo por tí... ¿Y Eugenia?

PABLO. Tambien ha cedido á mis ruegos.

LOPEZ. (*Yendo hácia Luis y Eugenia.*) ¡Bravo! Venid, venid acá, y que Dios os bendiga. (*Habla con ellos un momento en voz baja.*)

LUIS. (*Acercándose al Sr. Pablo, que permanece sentado, y llevando de la mano á Eugenia.*) Señor Pablo, sus hijos desean devolver á V. la felicidad en cuanto de ellos dependa.

PABLO. (*Muy conmovido y abrazándolos.)* Sí, llámame tu padre, querido Luis. (*Pausa breve.)* Luis, haz que desaparezca la tristeza de su alma (*Señalando á Eugenia*) y mi hijo desde el cielo te bendecirá. Yo pediré á Dios una gracia: ¡que no nos castigue á todos por ser demasiado felices!

Cuadro.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO

La misma escena que la anterior, pero bastante iluminada y sin la mesa de juego Las velas de los candelabros de la chimenea encendidas Un quinqué sobre el velador. En la alcoba se ve una lámpara opaca. En la tienda, tambien más luz que en el primer acto. Un gran ramo de flores sobre la chimenea, y otros *bouquets* pequeños encima del velador de costura. En la chimenea habrá fuego. La mesa de juego del primer acto estará colocada entre la puerta foro izquierda y el reloj.

ESCENA PRIMERA

INÉS *y* GARCÍA *en la puerta de la tienda.*—EUGENIA, *pensativa, vestida con un buen traje claro (pero no blanco) de seda, y con alguna que otra joya, aparece reclinada, en actitud de quien está profundamente abismada, y mirando con fijeza el fuego de la chimenea desde un sillon que ocupa próximo á la misma.*—LOPEZ *y el* SR. PABLO, *ambos de levita, departen hácia el foro paseando y deteniéndose alguna vez.*

INÉS. (*Cerrándole el paso á García.*) ¡Vaya, vaya, señor García, le digo que no se puede entrar aquí! (*Garcia hace ademan de abrazarla.*) Estése usted quieto. ¡Cómo se conoce que el líquido hace efecto! (*Le deja entrar, y se coloca al lado de la silla que ocupa hácia el centro.*)

GARGIA. Apénas he bebido. Pero déjame sentar. (*Inés vá á quitarle la silla, pero llega tarde, y se sienta.*)

INÉS. No, señor. Esta noche la trastienda es una habitacion sagrada. Ya se celebró la boda á puerta

cerrada en la tienda; se ha cenado, y los amigos se van retirando. Siga V. su ejemplo, y deje en paz á la familia.

GARCÍA. ¡Eh! Que yo formo parte de ella. A mí me deben su felicidad. Porque has de saber que hace un mes yo le sugerí la idea á Lopez para que él les aconsejase... ¡Como á mí no me hacen caso!... ¡Es particular! ¿Querrás creer, Inesilla, escucha: querrás creer que en vida de Vicente ya se me metió á mí en la cabeza que estos se habian de casar?... ¡Ya ves tú qué cosas!...

INÉS. Sí, ya veo las cosas que hace ver el vino. Vaya, buenas noches. Voy á cerrar la puerta con llave, y luégo veremos quién echa á Vds. á la calle... *(Hace como que se vá, y vuelve.)* No, primero esta puerta. *(Se dirige á la primera izquierda, cerciorándose de que está atravesado el barrote.)* Lo que es por aquí no se ha de ir V.

GARCÍA. Bien, por la ventana.

INÉS. Cuando digo que el Jerez... Ya se ha olvidado usted de que tiene reja.

GARCÍA. Bueno, pues me quedaré aquí...

PABLO. *(A Inés.)* Espera, impaciente. Ya se van.

INÉS. Son las tres. *(Mirando al reloj.)*

LOPEZ. Vamos, García, que es tarde. ¿Y Luis?

INÉS. Está en la tienda despidiendo á los amigos. ¿Lo llamo?

LOPEZ. No. Ahí lo veremos. Adios. *(Abrazando al señor Pablo.)* Felicidades, y por muchos años. *(A Eugenia que vá á levantarse.)* Quieta, hija, quieta. A tí nada te digo. Ya sabes cuánto ansío tu felicidad. *(Le da ambas manos.)* Anda, García. *(Empujándolo.)*

GARCÍA. Hombre, espera que me despida.

LOPEZ. No seas pesado; te has despedido cien veces.

GARCÍA. (*Volviéndose.*) Eugenia... A ver cuándo comemos otros dulces con motivo...

PABLO. ¡Vé con Dios! (*Mutis de* GARCÍA *por el foro izquierdo.*)

ESCENA II.

Dichos ménos LOPEZ, GARCÍA *é* INÉS, *que se lleva un quinqué. Despues* INÉS.

PABLO. Deberias ir despojándote de esas galas, hija mia. Son más de las tres.

EUGENIA. Déjeme V. un momento. Estoy rendida de las ceremonias... Váyase á descansar, que bien lo necesita.

INÉS. (*Entrando.*) ¡Ay! Con la puerta de la calle abierta se respira ahí el fresco de la madrugada. (*Apaga las luces de los candelabros de la chimenea, dejando solo encendido el otro quinqué.*)

EUGENIA. Yo tambien desearia que se abriese esa ventana.

PABLO. ¡Qué disparate! ¡Los cambios bruscos de temperatura!...

EUGENIA. Me sentaria bien. ¡Estoy tan fatigosa!

PABLO. ¡Aprensiones! El cansancio natural del tragin de hoy.

INÉS. ¡Y luégo, tanto tiempo en la iglesia, y todo él, llorando todos como unas criaturas!

PABLO. ¡Bàh! Dejemos el asunto. Y hasta mañana, hija...

EUGENIA. Espere V. todavía... Me parece que tengo que decirle algo...

PABLO. No, calla. No es ocasion. ¡Si supieses cuántos esfuerzos he debido hacer para... Tengo el cora-

zon en un puño, y sin embargo... soy feliz. ¿No has visto á los amigos, qué contentos? ¿Por qué no lo hemos de estar nosotros?

EUGENIA. Tiene V. razon. Hasta mañana. (*Se levanta.*)

PABLO. *El Sr. Pablo vá á abrazarla*, *pero se contiene, y le alarga la mano, despidiéndose como si huyera.)* ¡Adios! (*Hace como que se vá, y vuelve.*) Dime que no tienes ningun dolor (*Cogiendo á Eugenia ambas manos.*), que no escondes ningun sufrimiento... *(Conmovido.)* Sí, Eugenia, amarás á Lùis como amabas á... *(Se abrazan, separándose el Sr. Pablo á la primera palabra de Inés, y váse enjugándose los ojos.*)

INÉS. (*Alzando la voz.)* ¡Hay aquí un perfume delicioso! *(A Eugenia.)* ¿No ha reparado V. en las flores?...

EUGENIA. ¡Qué tontería! ¡Esas flores te habrán costado un dineral!

INÉS. ¡Qué ménos habia de hacer cuando sé que delira V. por las flores! (*Eugenia la abraza en silencio.)* Buenas noches. *(Aparte.)* ¡Qué pálida está! (*Con tono compasivo.—Mutis.—Al llegar á la puerta se separa para que pase Luis.)* Buenas noches. (*Cierra la puerta de la tienda tras sí.*)

LUIS. Adios, Inés.

ESCENA III.

LUIS *y* EUGENIA.

LUIS. (*Bajando al proscenio.)* ¡Eugenia! ¡Amor mio! *(Vá á abrazarla.)*

EUGENIA. (*Rechazándole suavemente.)* No. Déjame... Siento frio. *(Siéntase.)*

LUIS. (*Después de una breve pausa.)* Hénos al fin aquí.

¡Llegamos al cabo á este ideal soñado, á esta querida ilusion! Hoy es realidad lo que ayer mero fantasma, producto engañoso de la imaginacion. ¡Ah! (*Como el que se descarga de un grave peso.*) Libres para amarnos á la luz del dia y sin misterios. (*Reclinándose sobre el respaldo del sillondonde se ha sentado Eugenia, que dá casi frente á la chimenea.*) Estamos en nuestro nido... Eres mia, enteramente mia de derecho, es decir, porque tú me lo has concedido. (*Va á tomarle una mano.*)

EUGENIA. (*Retirándola.*) No me encuentro bien. ¿No ves que estoy temblando? (*Poniéndole sus manos sobre la que Luis le habia alargado.*)

LUIS. ¡Pobre ángel mio! ¿Qué haré para devolverte la tranquilidad? Sonó la hora en el reló de nuestra dicha. Un año há que trabajamos para este momento de alegría, de abandono y de expansion!... ¡El porvenir ha de recompensarnos mucho para satisfacer la deuda que con nosotros tiene contraida!

EUGENIA. Sí, sí, tienes razon; pero no estés más tiempo así, te lo suplico. Siéntate ahí (*Le señala otro sillon que estará cerca del velador.*) y hablemos.

LUIS. (*Yendo á sentarse.*) ¿Pero por qué tiemblas? ¿A qué viene esa niñada? (*Mirando á la puerta.*) Ya ves (*Señalando á la puerta.*) estamos enteramente solos, y soy tu marido. (*Transicion.*) Otras veces que venia á verte por esta otra puerta que dá directamente á la calle, no temblabas; ántes por el contrario, reias, hablabas en voz alta, áun á riesgo de que te oyeran... ¿Díme, niña, quién ha de venir aquí, quién?

EUGENIA. No asegures que ninguno puede sorprendernos en nuestra noche de boda. ¡Noche de boda!... (*Pausa breve.*) ¡Lùis, estás pálido! He notado en tu voz una emocion...

LUIS. ¡Eugenia! (*Con sonrisa forzada.*)

EUGENIA. ¿A qué echarla de valiente? Ya nos abrazaremos cuando el tiempo haya borrado recuerdos y podamos ser felices. No seas niño. ¡Si no has de pasar ante mis ojos como un imbécil! ¡Ah, no! ¡Ya sé que eres hombre de corazon! ¡Y tanto! (*Pausa. Transicion. Como quien se propone sacudir una pesadilla.*) ¡Cuánto viento ha hecho esta tarde!

LUIS. (*Entrando de lleno en la conversacion.*) Sí, y la mañana tambien ha sido desapacible.

EUGENIA. A la tarde ya se ha decidido la gente á salir de paseo... ¡Cuántas señoras lujosamente vestidas nos hemos encontrado!...

LUIS. ¡Muchas! ¡El lujo es cada dia mayor! (*Colocando una silla próxima á los piés y extendiendo sobre ella las piernas.—Pausa.*)

EUGENIA. Bueno será que los árboles no florezcan demasiado pronto con este tiempo tan variable.

LUIS. Es verdad. Esto mata la vegetacion é impide el desarrollo rápido de la primavera. (*Alzando el tono.*) En el Retiro... (*Deteniéndose un instante*).... lo habrás notado, la vegetacion...

EUGENIA. Sí... ¡Qué mañanas las de la primavera!... (*Transicion.—Colócase en otra postura en el sillon.*) Echa leña Luis, ¿no sientes frio? (*Luis se levanta y arroja un tronco á la chimenea. Desde este momento el fuego debe ir animándose, procurando que se refleje en la fisonomía de ambos una luz roja coloca-*

da dentro de la chimenea. En la batería ménos luz.) Son ya las cuatro. (*Mirando al reló de pared.*)

LUIS. (*Yendo á ocupar su asiento que aproxima á la chimenea, colocándose más de frente.*) Poco le falta. (*Pausa brevísima.*

EUGENIA. Dime, ¿no eres de mi opinion? ¿Te gusta pasear en coche por la Castellana? Nada más tonto que dejarse arrastrar uno en una fila interminable de coches, sin conocer á nadie, y atrayendo las miradas de todo el mundo... Como si extrañasen nuestras fisonomías... Como si fuésemos unos intrusos en su círculo... ¡Y cómo me miraban! Cualquiera diria que les llamaba yo la atencion de un modo extraordinario... Hubiera dormido de buena gana, pero quién duerme con la impertinente curiosidad de aquellas damas... Por más que me arrinconaba en el fondo de la carretela... hasta allí llegaban las escrutadoras miradas... No sería mi traje, que no tiene nada de llamativo, ¿verdad?

LUIS. (*Forzadamente.*) Era tu belleza sin duda la que llamaba la atencion.

EUGENIA. No habria dado tan insulso paseo á no ser por tu empeño en que saliésemos solos en aquel carruaje cerrado que me parecia un ataud...

LUIS. Deseaba estar solo después de la comida y de tantas ceremonias, y no hallé otro motivo...

EUGENIA. Me explico tu deseo. Yo tambien anhelaba huir de las estúpidas bromas de García. Y luégo, ¡qué cosa tan odiosa comer en una fonda!

LUIS. ¡Uf! Con aquel techo tan bajo, como de entresuelo. ¡Qué diferencia de nuestros almuerzos!... (*Deteniéndose.*)

EUGENIA. (*Concluyendo la frase después de un instante.*) Sí, de nuestros almuerzos en el Retiro. (*Contrariada.*) Como si no tuviese bastante con el latido de mis sienes, á cada instante me recuerdas...

LUIS. (*Pausa.*) Vamos, mujer, habla. Parece como que temes que...

EUGENIA. Que salgan á los labios mis pensamientos. (*Transicion.*) ¡Pero tienes razon! Es preciso charlar. (*Pausa brevísima.*) ¿Has visto qué salas tan desmanteladas las del Juzgado municipal?... Y luégo habrás de confesar, á pesar de tus ideas, que es ridícula la ceremonia del matrimonio ante el Juez. ¡Un momento tan sublime, y sin embargo, nada impone!

LUIS. ¡Oh! sí. ¡El matrimonio en el Juzgado municipal es muy ridículo, como tú dices! ¡En la iglesia, ya es otra cosa! Es un sacramento... que requiere otros previamente: la confesion, por ejemplo... (*Se levanta y pasea.*)

EUGENIA. (*Se estremece á las últimas palabras de Luis.*) ¡Qué húmeda estaba la iglesia!

LUIS. Esa fué sin duda la causa de tu desvanecimiento. Pero ya te encuentras bien, ¿verdad? (*Le toma las manos viniendo á sentarse á su lado.*)

EUGENIA. Sí. Creo que lo que motivó mi vahido fué el espectáculo de aquellos funerales... Oye, Luis, creí verlo... (*Bajando la voz.*) cuando bromeaba el pobre asido á la barca, creyendo que no habia peligro. ¿Te acuerdas?...

LUIS. (*Se levanta y obliga á Eugenia á levantarse, sacudiéndola como para despertlara de una pesadilla.*) ¿Qué es esto? Despierta... Es una pesadilla. Oye, oye, acuérdate que no habia cadáver alguno en

la Iglesia. Eran simplemente unos funerales. ¿Estás loca, ó vas á volverme loco? ¿Qué pretendes? Nos atormentamos sin razon.

EUGENIA. No, Luis. Advierte que con cualquir motivo, siempre nuestra conversacion recae...

LUIS. No seas niña. Hoy ha sido un dia extraordinario. ¿No hemos pasado un año... tranquilos? El tiempo se encargará del resto. Se explican tus alucinaciones en el dia de hoy; pero, olvídalas en mis brazos. Te aseguro que olvidarás todo, Eugenia mia... (*Va á abrazarla.*)

EUGENIA. (*Rechazándole.*) Bien está. No me atormentes... Júrame que no pretendes contrariarme. Sé bueno como en otras ocasiones que te he suplicado... (*Pausa.*)

LUIS. (*Despues de reflexionar, se levanta, dá algunos pasos por la habitacion, hace como que busca algo en sus bolsillos, y por último váse por la puerta foro izquierda, después de demostrar con el ademan que ha adoptado una resolucion.*)

ESCENA IV

La batería más débil en esta escena. Eugenia queda meditando, vuelta hácia la chimenea. Cuando advierte que se ha marchado, Luis, exclama sobresaltada.

EUGENIA, *sola.*

¡Cómo¡ ¿Se haido? ¡Me deja sola, sola! Luis, Luis, (*A media voz.*) no me abandones, vuelve á mi lado... Soy tuya, soy tu mujer. ¡Ah!... (*Mirando al quinqué.*) Qué poco alumbra esa luz...

¡Si se extinguiera esa llama!... (*Señalando á la de la chimenea que continúa con el reflejo. Transicion.*) ¿Por qué lo he rechazado? Mas ¡cómo prodigarle mis caricias cuando mis labios están frios como el hielo, y tiemblo á mi pesar! ¡Ah!... (*Se oye el ruido de una llave introducida en la cerradura de la puerta izquierda.*) Sí, es él, lo reconozco: gracias, gracias, Luis, por tu bella idea. (*Llena de amor.*) ¡Así te recibia en otras ocasiones, siempre alegre en tiempos felices! (*Se dirige precipitadamente á la puerta y procurando no hacer ruido, quita el barrote que la atraviesa. Luis entra y cierra tras sí la puerta con rapidez, yendo á caer en brazos de Eugenia que lo espera en el proscenio.*)

ESCENA V

EUGENIA *y* LUIS.

EUGENIA. Presentia tu llegada. Me la anunciaba el corazon... ¡Hace tanto tiempo que no he podido abrazarte con libertad! (*Cariñosa.*) Ahora no te separarás más de mi lado.

LUIS. Nunca. ¡Descansa aquí sobre mi pecho, pobre ángel mio!

EUGENIA. (*Levantando rápidamente la cabeza del hombro de Luis.*) Luis, he sentido ruido.

LUIS. Ilusiones!

EUGENIA. Sí, no me cabe duda. (*Transicion.*) No; será la voz de la conciencia que nos sorprende en esta comedia indigna. (*Separándose de Luis bruscamente. Exaltacion.*) ¡Si no podemos amarnos; si hemos matado el amor en nosotros! No añadamos

á nuestra culpa el cinismo, la crueldad, la infamia.

LUIS. Pues bien: acabemos de una vez. Yo curaré tus puerilidades á pesar tuyo; te devolveré la paz y la alegria aunque no quieras; haré que el amor renazca en tu pecho áun sin tu voluntad. Pero obedéceme, soy tu marido y exijo de tí lo que las nimiedades de un carácter débil no quieren concederme. (*Va á tomarla una mano.*)

EUGENIA. (*Retrocediendo hasta llegar delante de la chimenea.*) ¡No!

LUIS. (*Con calma simulada.*) Comprende, Eugenia mia, que sería necio y ridículo después de haber hecho tanto para nuestra felicidad... (*Transicion.*) No pretendo de tí hoy por hoy sinó que te tranquilices, que estés contenta, que descanses. Y si ahora no me idolatras como en otro tiempo, porque lo extraordinario de nuestros recuerdos lo impiden, que procures volver á amarme con aquella pasion de otras veces que tan felices nos hizo. Reconoce que sueñas con un imposible: el imposible de que alguno llegue hasta aquí á turbar nuestra noche de boda.

EUGENIA. ¡Oh! No lo repitas, te lo suplico. Podria él aparecer...

LUIS. (*Risa forzada.*) ¡Já, já, já.! ¿Quieres asustarme para que me retire? Pues bien: en ese caso me despido de tí con todo cariño (*Aproximándose á ella lentamente.*) como un hermano, deseándote felices noches. Dentro de poco será de dia, y miéntras tú duermes yo respiraré el aire fresco de la madrugada. Adios, niña caprichosa. (*Alargándole la mano.*)

EUGENIA. (*Que ha estado mirando al retrato fijamente.*) ¡Ah! Piedad, míralo (*Cogiéndole la mano y tratando de ocultarse detrás de Luis.*)

LUIS. ¡Sí! ¡Es verdad! (*Transicion.*) Qué maldito sueño. El vino nos hace ver fantasmas. (*Procurando dominarse.*)

EUGENIA. ¿No lo decia? ¡Ahí lo tienes! Allí... es Vicente. (*Señalando al retrato.*) Me pareció oir un rumor primero en las puertas de la tienda, y luégo sentir...

LUIS. ¿Dónde?

EUGENIA. ¡No! Si no se mueve... No lo ves, se contenta con mirarnos... Es aquel, su retrato.

LUIS. (*Sobreponiéndose.*) Sí, es su retrato. El que le hice yo mismo. (*Aparte.*) Es particular. ¡Cómo sudo! (*Alto.*) Acabarás por comunicarme tu fiebre. Sosiégate. ¿No ves que se trata de mi obra? Todo se reduce á quitarle de allí. Nadie lo extrañará. (*Se sienta.*) Los hombres tenemos nuestros pequeños celos al casarnos con una viuda... Quitándolo de allí... Todo se ha acabado.

EUGENIA. Bueno, quítalo, quizá tengas razon. (*Sentándose en el sillon al lado de la silla que ha ocupado Luis.*)

LUIS. (*Mirando el retrato.*) Mentira me parece que yo haya pintado unos ojos tan ex presivos... No lo recordaba á fé mia. Pero... yo los corregiré. Por el pronto, bastará con que no te martirice.

ESCENA VI.

Dichos y el Sr. Pablo *por el foro izquierda.*

(El Sr. Pablo aparece con una palmatoria poniendo la mano por delante de la llama para ocultar la luz, cuya palmatoria dejará después sobre el velador. La batería irá iluminando poco á poco la escena hasta el máximum al final del cuadro.)

Pablo. *(Con la puerta entreabierta.)* No, ambos están aquí. Y yo hubiera apostado, sin embargo, á que Luis ha salido á la calle cerrando la puerta de la tienda por fuera. Qué les pasará. Sería indiscrecion preguntarles... Juraria que no han cesado de hablar en toda la noche, y hasta creo que han gritado... *(Durante las palabras del Señor Pablo hablan en voz baja Eugenia y Luis, como si éste tratase de disuadir á Eugenia. Luis vá hácia el retrato y lo descuelga, viniendo á presentárselo á Eugenia en el proscenio.)*

Pablo. *(Viendo la operacion.)* ¿Eh? ¿Qué hace?

Luis. *(A Eugenia que se ha levantado.)* ¡Míralo, míralo y convéncete! *(Esforzándose por reir.)* ¡Já, já, já! ¿Verdad, Eugenia, que á pesar de que lo embellecí, siempre resulta este imbécil feo como un demonio?

Pablo. *(Media voz ahogada por la ira.)* ¿Cómo? ¿Qué oigo? *(Se adelanta y deja la palmatoria sobre el velador.)*

Eugenia. Apártalo de mi vista.

Luis. *(Risa forzada.)* ¿Por qué?

Eugenia. ¡No ves, Luis, que nos mira como cuando lo hemos arrojado en el estanque del Retiro!

PABLO. ¡Jesús! (*A esta exclamacion fuerte de horror y cólera vuelven Eugenia y Luis la cabeza, ven al señor Pablo, y exclaman:*

LUIS.
EUGENIA. } ¡Ah!!! (*Luis deja caer el retrato; Eugenia trata de cubrirse con Luis.*)

PABLO. ¡Miserables! Vosotros matásteis á mi hijo. (*Ahogándose en las últimas palabras.*) Asesinos... (*Grito descompuesto.*) A... sesinos... (*Eugenia y Luis han retrocedido hasta la chimenea. Da un paso como para arrojarse sobre ellos, pero cambia súbitamente de idea y retrocede, corriendo con paso torpe y tropezando hasta llegar á la ventana. La abre de golpe. La luz de la luna ilumina la parte foro de la escena. Cójese el Sr. Pablo á la reja de la ventana para gritar.*)

PABLO. ¡Socor... ro... No puedo! (*Ahogándose.*)

LUIS. (*Luis al ver al Sr. Pablo abrir la ventana y procucurar gritar pidiendo socorro.*) ¡Oh! no hablarás. (*Saca un puñal y corre hácia él, que retrocede hasta la puerta de la alcoba, foro derecho, y cogiendo las cortinas, en un momento de convulsion, las arranca, quedando él contra el muro y dejando ver la alcoba con luz. Eugenia al ver la actitud de Luis, corre á colocarse delante de él en el centro. La llama roja de la chimenea ilumina los semblantes de ambos. El Sr. Pablo intenta gritar todavía, pero no lo consigue. La luz blanca de la luna ilumina esta figura.*)

EUGENIA. (*Horrorizada.*) ¡Ah! (*Cúbrese el rostro con las manos.*)

LUIS. ¡Ah! (*Como quien sacude un grave peso; envaina el puñal y lo guarda.*) Es la crísis que los médicos anunciaron, no es preciso matarlo. Se queda mudo. (*Frialdad glacial.*)

PABLO. (*Lanza un sonido ininteligible.*)

LUIS. (*A Eugenia, cogiéndola una mano.*) Es la paralisis. Ya no hablará, lo habia predicho la ciencia.

EUGENIA. Socorrámosle, Luis, se muere, y yo sola no me atrevo.

LUIS. (*Imponiéndola silencio.*) No, alto, cuando el acceso pase lo llevaremos á su lecho, de donde se levantará paralítico. (*Frialdad glacial de hombre avezado al crímen.*)

PABLO. (*Nuevo esfuerzo inútil. Al notar que le faltan las fuerzas da unos pasos resbalando sobre el muro, hasta llegar á la caja del reló, en cuyo sitio queda inmóvil mirando á Eugenia y Luis hasta la caida del telon.*)

LUIS. Ya lo ves. Sus labios no, no pronunciarán una sola palabra de cuanto escucharon sus oidos.

Cuadro.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

La misma escena del primer acto. Un colchon de cama de matrimonio, arrollado, delante del reló. En el sitio que ocupaba el velador en los actos primero y segundo una máquina de coser. Es la caida de la tarde. La mesa de juego en el mismo sitio que en el acto segundo. El velador á la derecha del sillon, hácia el centro de la escena.

ESCENA PRIMERA

EUGENIA *é* INÉS, *después* LUIS. *Ambas se hallan cosiendo.*

LUIS. (*Entrando.*) Buenas tardes.

INÉS. Muy buenas.

LUIS. (*Sentándose.*) ¿Se trabaja?

EUGENIA. INÉS. } Sí.

LUIS. Estoy rendido.

INÉS. Debe ser muy pesado pintar como ahora está usted pintando, de pié todo el dia.

LUIS. Sobre todo, cuando se ha perdido la costumbre, Hacía un siglo que no trabajaba.

INÉS. ¡Es verdad, un año! Desde la desgracia, hasta... hasta la felicidad. ¿No es esto? Desde el dia siguiente de la boda. Pero digo mal. Desde la desgracia, hasta la nueva desgracia; pues ha cogido V. los pinceles el dia siguiente de casarse hace dos meses, y es precisamente la fecha en que el Sr. Pablo amaneció paralítico.

LUIS. ¿Está la comida?

EUGENIA. Si.

INÉS. Lo único que siento ahora con este dichoso estanco es que no puedo servir á Vds. á la mesa. Es más esclavitud que la tienda. No se ha de cerrar nunca, y siempre se necesita que haya alguien en el mostrador. Gracias á que el señor Lopez se pasa con el amo las horas enteras y nos poporciona este descanso para que yo ayude en la costura. (*Llaman dentro, en la tienda. Eugenia hace ademan de levantarse.*) No se mueva usted. Voy yo. Así como así, sirvo mejor que nadie: no es vanidad, pero... Y lo que es ahora, maldito lo que se vende. Desde que han abierto ese otro estanco en la esquina... Ya se vé, como allí hay cháchara, y aquí... (*Todo lo anterior, mientras ordena la costura. Vuelven á llamar.*) ¡Van! (*Mutis.*)

ESCENA II

Dichos, ménos INÉS.

LUIS. (*Mirando al colchon.*) ¿No ha habido tiempo en todo el dia para quitar eso de ahí? (*Señalando al colchon.*)

EUGENIA. No. (*Secamente.*)

LUIS. Te has empeñado en que todo el mundo se entere; cualquiera que éntre... ¿No basta con que la chica lo haya advertido ya?

EUGENIA. Tenía mucho que coser. No he tenido tiempo para nada.

LUIS. Dí que te has propuesto que sepa todo el mundo que tu alcoba es aquella (*Señalando foro derecha*), y este mi dormitorio.

EUGENIA. Necesito entregar esta costura en una tienda, esta misma noche; me han dado mucha prisa, y además, con el estanco... y tus pinceles... no podriamos vivir. (*Sarcástico.*)

LUIS. (*Encogiéndose de hombros, después de una pausa y cambiando de tono.*) Ahí está Lopez. ¡Majadero! Lo he visto, como siempre, entretenido leyendo los periódicos, miéntras el otro dormita al lado del mostrador.

EUGENIA. Acabará el muy estúpido por arruinarse, teniendo, como tiene, completamente abandonado su comercio por acompañar *á su amigo*. (*Sarcástico.*)

LUIS. ¡Censúraselo, mujer!

EUGENIA. (*Igual tono.*) ¡Ah! ¡No me acordaba que moralizarias!

LUIS. No disputemos. Ya vendrá la noche. (*Suspirando.*)

EUGENIA. ¡Perdona, Caton!

LUIS. Pero dí, Eugenia, ¿qué habria sido de tu padre sin García y sin Lopez después de... la enfermedad?... ¿Quién le ha conseguido el estanco? ¿Quién arregló todas las operaciones del traspaso de la tienda?

EUGENIA. El estanco lo he conseguido yo.

LUIS. ¿Tú?

EUGENIA. Yo. ¿Pues crees que la persona á quien hablaron, no me conoce? Buen cuidado tuvo de decirles: «por Ella lo hago.»

LUIS. ¡Eugenia!...

EUGENIA. ¿Tengo yo la culpa de ser todavía hermosa?... (*Transicion.*) Pero si lo que quieres decir de García y Lopez es que son personas muy estima-

bles, lo concedo. ¡Ya quisieras parecerte á ellos!

LUIS. ¡Sí! ¿Quién sabe lo que se habrán guardado de la liquidacion? El interés...

EUGENIA. Tú en cambio no eres interesado. No falta sinó que los llames ladrones, cuando gracias á ellos comes del estanco.

LUIS. Mientes. Cómo de mis cuadros.

EUGENIA. Hasta ahora, señor Murillo, no le han pagado á V. sus obras.

LUIS. Dices lo que te consta que no es cierto por el placer de mentir. Del dinero que he tomado á cuenta ¿no has consumido tú una parte?

EUGENIA. ¿Yo? Yo vivo de mi costura. Mira la tarea de hoy.

LUIS. Gracias á Inés, á la cual explotas.

EUGENIA. Lo hace con mucho gusto; ¿no ves que la gratifico muy bien por los recadillos que me hace.

LUIS. ¿A quién?

EUGENIA. Justamente á nuestro protector, á ese caballero que me dió el estanco...

LUIS. Eugenia, no me desesperes. (*Sacudiéndola un brazo.*) Si ya sé que inventas para mortificarme.

EUGENIA. (*Desasiéndose.*) ¿Por qué no te paseas cuando terminas tu trabajo, y nó que vienes á mi lado y me eres insoportable? (*Luis se pasea agitado.*) ¡Si vieras qué tranquila estoy, cosiendo, cuando no te veo! ¡Tú, en cambio, no estarás nada tranquilo pintando en una iglesia! Y parece providencial lo que te pasa: me han dicho que retratas á Vicente en cada cabeza de cada santo mártir que pintas. (*Se levanta.*)

LUIS. ¡Oh! Calla, calla (*La coge de un brazo.*) que tengo conciencia, miéntras que tú ni conciencia ni re-

ligion. (*La hace sentar bruscamente.*) ¿Vienen ya? (*Mirando á la tienda.*)

EUGENIA. (*Como despertando y con tono suplicante.*) Dile á Lopez que no lo traigan. Yo le daré después, de comer. Cuando está con Lopez delante de mí, tiemblo, pues desde hace algunos dias vá adquiriendo más agilidad; puede ya mover las dos piernas, y su vista...

LUIS. ¡Qué! Lo han dicho los médicos: calló y ha callado para siempre.

EUGENIA. Pero podrá escribir algun dia.

LUIS. ¿Con qué mano? Es una paralisis casi general que sólo se cura con la muerte. Ya están aquí. (*Eugenia se prepara á poner la mesa que será la que hay al foro. Luis sale á recibir al Sr. Pablo, que viene casi arrastrado por Inés y Lopez. En el momento de sustituir Luis á Inés, el Sr. Pablo lo mira con horror. Inés váse para volver luégo con un quinqué que coloca sobre la mesa, marchando después á la tienda, que tambien se iluminará.*)

ESCENA III

Dichos, LOPEZ *y el* SR. PABLO

LOPEZ. ¡Hola! Ya se disponen Vds. á comer. (*Sienta al Sr. Pablo en el sillon que se halla al lado del velador. Los brazos del Sr. Pablo deben aparecer enteramente muertos.*)

EUGENIA. ¿Quiere V. hacerlo con nosotros? (*A Lopez.*)

LOPEZ. No, gracias. No cambio mis costumbres por es-

tas francesas. (*Mirando el reló.*) Me voy hácia casa para cenar.

LUIS. Como trabajo ahora, tenemos que comer...

LOPEZ. Sí, sí... Con que amigo (*Al Sr. Pablo.*) ¿qué tal? ¿Eh? Me parece que vamos haciendo pinitos. (*A ellos.*) ¿No creen Vds. que mejora?

LUIS. Psché.

LOPEZ. Eugenia, ¿V. no nota que sus ojos van adquiriendo cierta expresion, que su mirada no es ya la de un idiota?

EUGENIA. ¿Qué sé yo?

LOPEZ. Serán aprensiones; pero... vamos, juraria...

ESCENA IV

Dichos y GARCÍA

GARCÍA. (*Jovial.*) Héteme aquí. ¿Qué tal? Vosotros siempre tan tristes. ¡Ah! Antes de casaros, por una cosa. Ahora por otra...

LOPEZ. Tú por acá

GARCÍA. Pasaba, y no he querido dejar de ver á nuestro buen viejo. ¡Ah, valiente! ¿Te alegras de verme? Como que somos amigos antiguos. Más antiguos que éste y tú. Ya lo creo. Datan nuestras amistades... ¿Te acuerdas? Desde el crímen aquel de la Moncloa. Era yo entónces inspector de policía. Luégo me quitaron porque dijeron si era ó no era torpe. Lo que yo era es demasiado listo. Por supuesto me hicieron un favor porque me metí á comerciante y me vá perfectamente. Pues sí, entónces nos conocimos. Allí éste me sirvió de guía para capturar á los de-

lincuentes. Habia salido de campo, y me puso en la pista. Vió pasar un hombre y una mujer hácia Madrid precipitadamente... y... ¿No recuerdan Vds. una mujer y su amante que mataron al marido para gozar á sus anchas del adulterio? Yo los prendí. ¡Hola! ¡Cómo se anima! ¡Sí, hace muchos años!

LOPEZ. Tengo idea de haberte oido referir...

GARCÍA. ¡Siempre he tenido mucho ojo para descubrir á los criminales! Hoy mismo leo en el rostro de cada cual sus recónditos pensamientos. Y luégo soy una notabilidad para callar. La mitad de los crímenes no se averiguan, porque el que sospecha comunica á otros sus dudas... ¡y adios! No, como yo sospeche de alguien... Y luégo, en diciéndome se ha cometido tal delito... en seguida digo, ¿sí? pues este, ó este (*Señala á Eugenia y Luis.—Pausa brevísima al notar un movimiento en Eugenia y Luis.*), ó aquél, son los autores. (*Transicion.*) Pero diantre, cómo me miras, buen viejo, ¡já, já! Vaya, por mí no dejen ustedes de...

LUIS. ¡Oh! no, de ningun modo. No estará todavía la comida. Ustedes son como de casa.

GARCÍA. Yo he dicho, como lo entiendo tan bien, voy á ver á aquel viejecillo por si se le ocurre algo.

LOPEZ. Es tu manía constante la de adivinar todo. ¿Qué lo has de entender? Y si no, vaya, dínos qué quiere ahora que no quita ojo de tí.

GARCÍA. Esperad. (*Se sienta á su lado. El Sr. Pablo vuelve la cabeza lentamente.*) ¿Eh?

LOPEZ. ¡Ha vuelto la cabeza!

EUGENIA. ¡Dios mio!

Luis. (*Reponiéndose.*) García, no lo mortifique V., esas pruebas no conducen...

García. Tá, tá. Hombre, cualquiera diria que os contraría que mejore.

Luis. ¡Por Dios! Sinó que comprendo que es...

Lopez. Dice bien Luis. ¡Cuántas cosas no habrán intentado ellos!

García. Lo cual no es una razon para que nosotros no seamos más felices en nuestras pruebas. (*Transicion.*) Charlemos como buenos amigos. (*A Lopez.*) La cuestion está en saber interrogar. ¡Oh! Si todos hubiéseis sido inspectores de policía ya habríais aprendido...

Luis. Déjele V.. Lopez, cada loco con su tema.

García. (*Con intencion.*) Con su tema... (*Al Sr. Pablo.*) Tú tienes que pedir algo á tu amigo Lopez. ¿Verdad? (*Pausa.*) Pues no es verdad. De quien quiere algo es de mí, de mi persona. A ver...

Lopez. ¿Quieres que te dejemos á tus anchas durante la comida?

García. ¡Ah! ya caigo, desea que...

Lopez. No, García, no lo incomodemos más; lo estamos mortificando.

Eugenia. Cierto, en realidad no quiere nada.

Luis. (*A Eugenia.*) No pierdas detalle. Tenías razon. Hay en sus ojos un brillo siniestro y raro, á pesar de que hasta ahora no hayan notado los médicos el menor síntoma de alivio.

García. Es inútil que me mires. Si no pones de tu parte para que te entendamos... Un esfuerzo como el de ántes. Inventa un medio. Tú sólo puedes indicarnos...

LUIS. No lo impacientemos. Debe sufrir mucho agobiándole á preguntas.

GARCÍA. *(Aparte.)* ¡Qué empeño! ¡Es singular! (*Alto.*) Mas mejora visiblemente, y debemos todos... Además, el Sr. Pablo sabe que sus menores indicaciones serian órdenes terminantes para nosotros. Imponiéndose esta obligacion de darse á entender... (*A todos.*) Reparad, reparad, me ha oido y parece dispuesto... *(El Sr. Pablo ha hecho un lijero movimiento.)* Eugenia, ¿por qué no hace usted por interrogarle, á ver si...

EUGENIA. ¡Oh! ¡Es inútil!

GARCÍA. (*Aparte.*) ¡Inútil! Pero señor, ¿los enfermos no se curan? No se les debe ayudar. ¡Bah! Qué aprensiones. (*Como arrepentido de haber sospechado.*)

LOPEZ. Sin duda que soñamos en un alivio ilusorio.

GARCÍA. Pues yo... (*Aparte.*) ¡Pero qué maldita cabeza la mia! Cuando se me pone en el testuz un pícaro pensamiento... (*Alto.*) Seguramente que son ilusiones.

LUIS. ¿Por qué no vienen Vds. esta noche y jugaremos, á ver si se distrae. (*A García.*)

EUGENIA. (*A Luis.*) ¡Qué!

LOPEZ. Yo no puedo. Estoy ocupadísimo. ¡Como me paso aquí las tardes!

EUGENIA. Cierto (*A Luis.*). ¡Por caridad, no insistas!

LOPEZ. Bueno, pues hasta mañana.

GARCÍA. Alto, alto. Observad todos: ha movido este brazo.

EUGENIA. (*A Luis.*) Estamos perdidos. Ha hecho un esfuerzo sobrehumano y...

LUIS. (*A Eugenia.*) ¡Imposible!

LOPEZ. Con efecto. ¡Albricias! Mirad, es evidente. ¡El no tenía el brazo ahí!

GARCÍA. Cuando yo decia...

LOPEZ. (*Al Sr. Pablo.*) Bueno, bueno; no hay que cansarse, despacio. ¿Con que ya somos dueños de las manos? Esto es algo. (*A Eugenia y Luis.*) ¿Loveis?

LUIS.
EUGENIA. } Sí.

EUGENIA. (*A Luis.*) Resucita.

LUIS. (*A Eugenia.*) ¡Bah! Las manos no hablan.

EUGENIA. (*Idem.*) Pero escriben.

LUIS. (*Idem.*) Se cortan. ¡Hay tiempo para todo!

GARCÍA. (*Durante los apartes anteriores ha hecho algun movimiento el Sr. Pablo con los dedos y el brazo derecho.*) ¡Eh! ¡Eh! ¿Qué dedos son esos? Si no eres dueño de ellos y has adquirido alguna agilidad, repara que te sobra. Más juicio. (*Aparte.*) Apostaria... es extraño... que no se alegran Eugenia y Luis... Aquella práctica de Inspector me hace ver visiones por todas partes.

LOPEZ. ¿Qué querrá decir?

GARCÍA. Sí, hombre, sí, que no puedes hacer letras con los dedos; bueno, paciencia, harás signos.

LOPEZ. (*A Eugenia.*) ¡Qué felicidad!

EUGENIA.
LUIS. } ¡Oh! Sí, sí!

EUGENIA. (*A Luis.*) Estamos perdidos.

LUIS. (*A Eugenia.*) Calma.

LOPEZ. (*A Eugenia y Luis.*) Os ha señalado.

EUGENIA.
LUIS. } ¡Cómo!

LOPEZ. Sin duda quiere darnos á entender el sentimiento de gratitud que hácia vosotros le anima. ¿No es cierto, García?

GARCÍA. Sí, sí. (*Aparte*) Como se empeñe esta maldita cabeza, acabaré por sospechar...

LOPEZ. Ahora mira á Vds.

EUGENIA. Sí, es verdad...

LUIS. ¡A nosotros!...

LOPEZ. Vamos, hay que esperar otro esfuerzo...

EUGENIA. ¡Oh! ¡No! (*Sin poder contenerse.—García la mira atentamente. Nadie advierte esta mirada y movimiento de García.*)

LOPEZ. No, digo que otro esfuerzo ahora sería contraproducente. Debemos no agotar esa actividad que visiblemente renace.

GARCÍA. Además, sería inútil; ya lo veis, está rendido. Mañana se dará otro paso. Despacio, y sobre todo que nos ayude la ciencia.

LUIS. Dice V. bien, debemos avisar al médico para que auxilíe esta naturaleza, y no sea perdido ni aniquilado tan portentoso progreso.

GARCÍA. Está claro. (*Aparte.*) ¡Ilusiones! Habia yo de haber sido tan torpe! (*Alto.*) Ea. ¿Qué esperas? Vamos á dejar comer tranquila esta gente.

LOPEZ. Sí, vámonos. Hasta mañana; ánimos, Pablo, ya vamos siendo fuerte, ¿eh? Adios, adios todos.

GARCÍA. ¡Adios, viejo! Buenas noches. (*Dando la mano á Eugenia y Luis.—Aparte.*) Pero... ¡qué devanederas llevo en la cabeza! ¡No, pues como yo coja el hilo! (*Vánse por la puerta de la tienda.*)

ESCENA V

Dichos ménos LOPEZ *y* GARCÍA

EUGENIA. ¡Ah! ¡Gracias á Dios! Casi nos denunciaba.

LUIS. ¡Calla! De todo se entera. ¿A qué torturar su alma? ¿No le das de comer?

EUGENIA. Luégo. (*Secamente.*)

LUIS. Después llámame cruel y dí que me complazco en mortificarlo.

EUGENIA. Luégo. (*Idem.*) Hablemos de otra cosa. Presiento que lo saben todo, y casi me alegraria... Así acabará esta farsa, que se vá haciendo intolerable. Con qué tranquilidad respiraré el dia que sepa todo el mundo... ¡Qué me importa la vida si es para mí un suplicio eterno!...

LUIS. ¿Quieres callar? (*Transicion.*) Es indispensable procurar que ni hable ni escriba. (*Movimiento del Sr. Pablo que ellos no advierten.)*

EUGENIA. ¡Jesús! ¿Un nuevo crímen? Jamás.

LUIS. Y sin embargo, no hay más que dos caminos para concluir con esta existencia que tanto te pesa. O el que acabas de indicar, para el cual te falta el valor, ó el segundo...

EUGENIA. Para el cual, á pesar de que la echas de valiente, te falta valor tambien.

LUIS. Para los medios indirectos, no se necesita tanto como tú supones.

EUGENIA. Te juro que me repugnas... tanto, nó, más, mucho más, infinitamente más que las hediondas caricias de aquel hombre enfermo. Ya ves, las tuyas ni áun las he gustado. Busca por ahí á quien prodigarlas. Te aborrezco.

LUIS. ¡Eugenia!

EUGENIA. ¡Ah! ¿Se irrita el artista? (*Sarcasmo.*) ¡Qué sensibles son los caballeros que dedican su inteligencia á las bellas artes. Porque tú eres un

cumplido caballero, tierno como una dama y delicado como una flor!

LUIS. Eres la mujer más infame... Comprendo que me impulsáras á todo. Eres un demonio en figura humana.

EUGENIA. Tú, en cambio, eres un ángel, miéntras que Vicente era un grotesco tendero, como tú le llamabas.

LUIS. ¡Eugenia, por favor! Estoy rendido de luchar. Sí, tú tambien, lo comprendo... por esto mismo, procuremos no disputar.

EUGENIA. ¡Hazte la víctima! Pero ¿no has comprendido todavía, imbécil, que te provoco para que me asesines porque no tengo valor para suicidarme? ¿Qué esperas? Eres un cobarde, qui ni áun ante los insultos sabes defenderte.

LUIS. Eugenia, por compasion: esto todos los dias y á todas horas, ¡gran Dios!

EUGENIA. ¡Já, já! ¡Qué exclamacion tan dramática! Tu madre sin duda fué cómica, y te enseñó á ser histrion!

LUIS. ¡Lo que no me enseñó es á tener paciencia! (*Empuñando un cuchillo de la mesa.*)

EUGENIA. Ni á horrorizarte con el espectáculo de la muerte, lo recuerdo. De fijo te llevaria á todos los espectáculossangrientos para habituarte... Pero ¿por qué no te llevó tambien á presenciar las ejecuciones capitales para acostumbrarte al patíbulo y no temblar como siempre que se nombra, como ahora mismo estás temblando?

LUIS. Pero ¿estás loca?

EUGENIA. Tan cuerda como cuando falté á mis deberes y sucumbí para hacerte feliz. ¡Oh! ¡Qué contento

estabas! ¡Es tan... tan *cómodo* tener relaciones con una mujer que tiene cubiertas sus atenciones!

LUIS. Pudor, pudor, al ménos delante de él.

EUGENIA. ¿Por qué lo manchaste tú, tú, que no satisfecho con arrancarle la honra le arrancaste la vida!

LUIS. ¡Eugenia! (*Vá á lanzarse sobre Eugenia y ella dá un salto atrás.*) Infame, demasiado sabes que quise salvarlo cuando todavía era tiempo, y me arrepentia en el momento mismo... y tú, ¿qué me respondiste? te aferraste á mi cuello... y ni una palabra de conmiseracion.

EUGENIA. ¡Mentira! (*Provocándole.*)

LUIS. Engáñate cuanto quieras, pero en el último instante fuí más generoso que tú.

EUGENIA. Falso, tú, tú fuiste el asesino.

(*Durante esta escena, el Sr. Pablo debe agitarse en su asiento y denotar todo género de sentimientos con el rostro.*)

LUIS. (*Cogiendo un cuchillo.*) Y bien: ¿qué? Yo lo fuí y lo voy á ser de nuevo. (*Vá sobre ella con la celeridad del rayo. Ella huye á la alcoba, y él entra tambien. El Sr. Pablo se levanta y exclama:*)

PABLO. ¡Ah! (*Sonidos inarticulados del Sr. Pablo que cae de nuevo en el sillon.*)

LUIS. (*Descompuesto el traje y la fisonomía aparece entre las cortinas de la alcoba. Con media voz.*) ¡Oh! Solo, sin más testigo que Dios y... (*Mirando al sillon se prepara á huir.*)

GARCÍA. ¡Ah! ¡Alto, miserable! (*Apareciendo en la puerta rápido.*) Te engañas. Sospeché, volví, escuché tus palabras, y me has dado tiempo, imbécil, si no para salvar á tu segunda víctima, para

que la justicia humana, que espera á la puerta, te castigue por mano de la ley, como la justicia providencial se ha cumplido por tu mano consintiendo Dios en que asesines á Eugenia.

PABLO. (*Volviendo de su acceso.*) ¡Ah! (*Como volviendo á la vida.*)

LUIS. (*Cayendo anonadado de rodillas.*) ¡Oh! Perdon!

GARCÍA. ¡Nó! Sólo el cielo puede perdonar tanto crímen.

Cuadro.

FIN DEL DRAMA

PUNTOS DE VENTA

MADRID

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé,* Carrera de S. Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá núm. 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.— Lisboa.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.